

Repensando la lucha armada en América Latina *

◆ *John Beverley*

El veredicto más cínico sobre los sesenta del que tengo conocimiento es el comentario atribuido a Régis Debray “Creíamos que íbamos a China, pero terminamos en California”. Sin embargo, al menos la yuxtaposición conserva algo de los impulsos utópicos —reconozco, muchas veces frenéticamente incongruentes— que guiaron aquella época. Mucho más característica (y taciturna) es la opinión de una de las principales intelectuales públicas argentinas, Beatriz Sarlo, sobre la lucha armada en su país, en un artículo publicado en uno de los más importantes diarios de Buenos Aires: “Muchos sabemos por experiencia que se necesitaron años para romper con estas convicciones. No para simplemente dejarlas atrás o porque fueron derrotadas, sino porque significaron una equivocación” (2006).

El comentario de Sarlo se produce en el contexto de su crítica al gobierno de Néstor Kirchner y lo que ella ve como su populismo neo-peronista demagógico,

* El presente artículo fue traducido del inglés al español por Lucía Abbattista y Agustín Franchella, y fue revisado por los profesores Laura Lenci y Hernán Sorgentini. El original se encuentra publicado como “Rethinking the Armed Struggle in Latin America”, en: *Boundary 2*, Duke University Press, Primavera de 2009; Número 36, pp. 47-59.

◆ PhD, University of California at San Diego. Profesor de Español y de Latín en el American Literature and Cultural Studies y en el Departamento de Inglés y Comunicación.

cuyas raíces, sugiere, están en las mismas ilusiones que alimentaron la lucha armada (una crítica que, más recientemente, ella ha hecho también a la nueva presidencia de la esposa de Kirchner, Cristina Fernández).

Sarlo habla desde haber adherido en un tiempo a una posición cercana a la lucha armada en Argentina, por lo que hay un sentido de error de cálculo o arrepentimiento detrás de su postura. De manera similar, la escritora venezolana Elizabeth Burgos, que era la esposa de Debray cuando este colaboró con el Che Guevara (y que posteriormente trabajó con Rigoberta Menchú (1983) en la creación de su famosa narrativa testimonial *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*), ha buscado combinar una postura de desilusión con la lucha armada y su actual participación activa en la oposición a Hugo Chávez en Venezuela, una posición que comparte con uno de los más famosos líderes guerrilleros de ese país, Teodoro Petkoff. Estos ejemplos se podrían multiplicar fácilmente. Lo que sugieren es que la cuestión de la lucha armada no tiene que ver solamente con el pasado de América Latina, sino también con su presente y futuro político.

Parte del problema de repensar la lucha armada es que mientras que existen historias particulares sobre esta en tal o cual país, no hay una historia –al menos una que yo conozca– que la considere como un fenómeno o época en América Latina. El propio Debray comenzó a escribir esta historia en un proyecto llamado *Crítica de las armas* (1975) allá por los setenta, pero lo abandonó cuando su propia carrera política se inclinó hacia la derecha (hay, sin embargo, vestigios de aquella crítica en los volúmenes recientes de su autobiografía). En América Latina, el intento más influyente de llegar a una conclusión sobre la experiencia de la lucha armada fue probablemente el libro de Jorge Castañeda *La utopía desarmada* (1994) que publica entrevistas y retratos de algunos de los líderes guerrilleros más importantes. Sin embargo, *La utopía desarmada* resultó ser un obituario algo superficial y prematuro de la lucha armada (dos años después de su publicación se produjo el levantamiento Zapatista en Chiapas), y terminó sirviendo más como plataforma de lanzamiento de las ambiciones oportunistas de su autor como político neoconservador en México, que como adelanto de las nuevas formas políticas de izquierda que se estaban gestando en América Latina en los noventa. Los lectores norteamericanos pueden también recordar el mucho más publicitado libro sobre la lucha armada en Guatemala del antropólogo David Stoll (1999), que produjo una especie de revuelo en las “guerras culturales” estadounidenses cuando apareció en 1999 con su acusación de que Rigoberta

Menchú había distorsionado aspectos de su historia con el objetivo de apoyar a las guerrillas¹. Lo que ofrezco aquí, entonces, son algunas ideas muy tentativas y parciales que espero puedan sugerir una alternativa a lo que podría llamarse el *paradigma de la desilusión* con la lucha armada representado por *La utopía desarmada*, Sarlo, Stoll, etcétera.

El supuesto subyacente a mi planteo es que mientras que hay muchas razones para ser críticos o escépticos sobre la lucha armada, las visiones de ésta como “error”, incluso cuando se producen desde la izquierda, como en el caso de Sarlo, contribuyen a sostener la hegemonía neoliberal en América Latina del mismo modo que una narrativa anti-sesentas subyace al giro neoconservador en los Estados Unidos. Aquella hegemonía está declinando, y la izquierda latinoamericana ha producido avances significativos en los últimos cinco años –a veces de formas novedosas que no son vistas con simpatía por la izquierda tradicional–. En este momento, la mayoría de la población de América Latina vive bajo gobiernos que se consideran a sí mismos como de izquierda en un modo u otro. Para decirlo de otra manera, la única región en el mundo en la que hoy el socialismo está en la agenda, aunque sea como posibilidad retórica, es América Latina. Muchas de las personas que forman parte de estos gobiernos o de los movimientos que los llevaron al poder se fogearon políticamente en el período de la lucha armada. Las nuevas formas de pensamiento radical, como el chavismo, que se corresponden con este movimiento tectónico en la política latinoamericana, y que apuntan a un futuro diferente para el continente y sus pueblos (incluyendo a los más de 40 millones de hispano-americanos que viven en los Estados Unidos), no pueden articularse sin recuperar y reexaminar el legado de la lucha armada. Aún más, excepto por la rehabilitación parcial de la figura del Che Guevara en los últimos años –por ejemplo, en la versión popular de Guevara en la película *Diarios de Motocicleta* de Walter Salles– la lucha armada ha sido borrada o quitada de la memoria pública en la América Latina de hoy, casi como la huelga de los trabajadores de la plantación en la novela *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez. Está borrada, en parte, porque la gente joven en América Latina no tiene una conexión biográfica directa con ella. Pero ese problema inevitable se agrava porque las representaciones de la lucha armada a las que las nuevas generaciones

¹ David Stoll, *Rigoberta Menchú y la historia de todos los guatemaltecos pobres*. Stoll sostuvo, entre otras cosas, que las estrategias de la guerrilla rural “son un romance urbano, un mito postulado por la clase media radicalizada que sueña encontrar una solidaridad verdadera en el campo” y que han sido “reiteradamente fatales para la izquierda misma, desalentando el agrupamiento de la gente de las clases bajas y garantizando una respuesta destructiva desde el Estado” (1999).

pueden acceder, como *La utopía desarmada* de Castañeda, ofrecen por lo general una imagen negativa de esta.

La imagen negativa descansa en un relato generalizado que describe a la generación de los sesenta y setenta (a la cual figuras como Sarlo, Burgos, Castañeda, y yo, pertenecemos), o a una parte significativa de ella, como comprometida o solidaria con la lucha armada, tanto en Estados Unidos como en América Latina. Un ejemplo particularmente llamativo que me viene a la mente es el retrato que hace la película mexicana *Amores perros* del profesor que abandona a su mujer y a su hija para convertirse en guerrillero en los albores de la masacre de estudiantes de 1968 en la ciudad de México, pasa como consecuencia veinte años en prisión, y termina en el presente trabajando como asesino a sueldo; pero el paradigma está presente también en cientos de novelas, testimonios escritos, historias, memorias, poemas y películas sobre y de América Latina en los sesentas y setentas. Según esta narrativa, la ilusión de la transformación revolucionaria de la sociedad en que se inspiró la lucha armada fue nuestra adolescencia romántica. Fue una generosa y valiente adolescencia, pero también una propensa al exceso, al error, la irresponsabilidad y la anarquía moral. Como contraste, nuestra madurez biológica y biográfica, representada por nuestro rol y responsabilidad como padres y profesionales, corresponde a la hegemonía neoliberal de los ochenta y noventa (en *Amores perros*, por ejemplo, se sugiere implícitamente que el hombre fue moralmente deficiente al decidir abandonar su carrera y familia para hacerse guerrillero, un acto que intenta compensar ahora que su hija ha crecido).

Algunos de ustedes reconocerán en el paradigma de la desilusión una variante del modelo de la picaresca barroca, especialmente aquella novela de Mateo Alemán tan leída en España y sus colonias en el siglo diecisiete, *Guzmán de Affarache* (1599-1605). Cuando se acerca a su madurez, el pícaro se arrepiente de su malvada vida, traiciona a sus antiguos camaradas con las autoridades, hace las paces con el Estado y la ley y comienza a escribir su historia, que será ejemplar para los demás. El *guerrillero arrepentido*² se ha convertido en efecto en la versión del *pícaro* en la cultura contemporánea de América Latina³.

² En castellano en el original. Nota de los traductores.

³ Una de las cosas que encuentro refrescante en las historias y novelas del tardío Roberto Bolaño es que no adopta esta narrativa. Sus personajes, semiautobiográficos (y a veces neopicarescos) son como él mismo izquierdistas que fueron derrotados, y debieron vivir una vida que no eligieron, de modo a veces nihilístico o violento, pero a diferencia de la fallida figura del padre de *Amores perros*, no están arrepentidos y a veces ellos encuentran modos de vengarse de sus victimarios. Representativas de la narrativa de la desilusión, en contraste, son por ejemplo, Volpi (2003); y Roncagliolo (2007).

Como sea, hay un segundo paradigma, más hondamente enraizado, acerca de la lucha armada y cómo es recordada. O tal vez sea más pertinente decir, olvidada hoy en Latinoamérica. Este paradigma tiene que ver con el sentido común, pero en última instancia también con la visión profundamente ideologizada de la historia que identifica el paso del tiempo con el progreso⁴. Sin entrar en muchos detalles, uno puede decir que el período de la lucha armada en toda América Latina comienza a principios de los sesenta, con el despertar que produjo la Revolución Cubana en 1959, y se extiende por América del Sur hasta la caída de Allende y la imposición de las dictaduras del Cono Sur a partir de 1973, y en América Central, que tuvo una dinámica regional diferente, hasta las campañas de contrainsurgencia de principios y mediados de los ochenta en Guatemala y El Salvador, la guerra de los Contras, y la derrota electoral de los sandinistas en febrero de 1990. El neoliberalismo y la política de integración regional propiciada por Estados Unidos que se produjeron después del período de efervescencia revolucionaria, aparecen de un modo u otro inevitables —una etapa histórica que trasciende a la previa, creando nuevos límites y condiciones de posibilidad—, al punto que incluso la izquierda, si es que quiere resurgir, tendría que tomarlos como punto de partida. No se puede volver atrás. Lo que ocurre en lo que yo denomino el paradigma de la desilusión sobre la lucha armada (y sobre los sesenta en general) es que a las narraciones biográficas sobre la maduración individual y el éxito o el fracaso, las subyace el relato de la transición histórica entre una etapa y otra.

No cabe duda de que en las últimas tres décadas, aproximadamente, la violencia contrarrevolucionaria del Estado, el desmantelamiento del Estado de Bienestar con las políticas neoliberales y los efectos de la globalización han cambiado dramáticamente el terreno de la lucha política en América Latina. Y esto, a su vez, ha afectado la naturaleza de la izquierda latinoamericana y sus objetivos a corto y largo plazo. Podría decirse que, si la globalización representa una nueva etapa del capitalismo, con sus propias contradicciones y dinámicas, entonces requeriría una nueva forma de socialismo, del mismo modo que Lenin entendió al imperialismo como una nueva etapa del capitalismo que nacía a comienzos del siglo veinte, y que requería una estrategia diferente de la del socialismo de la Segunda Internacional, arraigada en los sindicatos y el parlamentarismo de los partidos social demócratas. Algo así es, por supuesto, la idea básica detrás del

⁴ Algunos lectores recordarán que fue contra esta concepción “historicista” de la historia, defendida antes por la izquierda y hoy por la derecha, que el mentor de Régis Debray, Louis Althusser, argumentó lúcidamente en sus ahora tan olvidados libros *La revolución teórica de Marx* (1967) y *Para leer el Capital*.

bien conocido manifiesto de Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio* (2000). De todos modos, más allá de sus otros méritos, *Imperio* no es una guía útil o particularmente iluminadora para los diferentes tipos de movimientos sociales o partidos o coaliciones de izquierda populista que ahora ocupan el centro de la escena en América Latina (por mencionar algo, estos últimos tienen como objetivo central ganar el Estado y usar su poder, lo que los diferencia mucho de la amorfa “multitud” posnacional y pospolítica que Hardt y Negri ven como nuevo sujeto del cambio radical). Desde mi punto de vista, el paradigma histórico que es más inmediatamente pertinente para el caso de América Latina no es la idea de que aquí la globalización representa una nueva etapa histórica como para todo el mundo, sino la idea de que es una restauración, como la que siguió al declive del impulso radical de las Revoluciones Francesa y Haitiana en el período que va desde el Congreso de Viena hasta los levantamientos revolucionarios de 1848. Una restauración representa el bloqueo de un proceso histórico, antes que su superación. Y su esencia es ser una *consecuencia* de dicho proceso, que busca volver atrás, limitar o cooptar en la mayor medida posible. Es de esperar, entonces, que este proceso resurgirá, aunque en nuevas y a veces inesperadas formas, ya que la fuerza de la coalición que produjo la restauración en primer lugar comienza a declinar con el tiempo. Entre Metternich y el Congreso de Viena y 1848 en Europa pasaron 34 años –casi una generación–. De manera similar, casi treinta años separan la derrota de la izquierda en América del Sur a mediados de los años setenta, orquestada por el discípulo contemporáneo de Metternich, Henry Kissinger, y su resurgimiento reciente.

Sería lindo decir que con la llegada de la democratización, la larga secuencia histórica de la violencia en América Latina, en la que la lucha armada de los sesenta y setenta fue una de sus formas, ha terminado, que la política ahora está completamente absorbida por la sociedad civil y el sistema electoral parlamentario. Y no es mi intención acá retomar la cuestión de la lucha armada para recomendarla como estrategia en el presente. Como escribí previamente, está claro que la militancia social y política se ha movido hacia un nuevo terreno en América Latina. Sin embargo, ese terreno está articulado de múltiples formas por el legado de la lucha armada. Y no es precisamente cierto decir que la lucha armada es cosa del pasado en América Latina. Esta continúa en muchas regiones de Colombia, como ha revelado la reciente controversia sobre los secuestros de Ingrid Betancourt y otros por las FARC; reapareció en el sur de México con el levantamiento de los zapatistas a principios de los noventa en Chiapas, en parte como una respuesta

a la implementación de los acuerdos del NAFTA; y ha estallado nuevamente en Guerrero y otras zonas de México. El pueblo mapuche en Chile recientemente ha recurrido a protestas violentas en sus esfuerzos por evitar la invasión del Estado y los emprendimientos privados en las tierras de su comunidad. Tampoco me parece irrelevante mencionar al respecto que la lucha armada rural ha reaparecido en Nepal y en ciertos Estados del subcontinente indio, a pesar de, o quizá debido a el “milagro económico” de la India. La desaparición de la violencia paraestatal en América Latina no dependerá tanto de la voluntad del Estado para imponer el orden ni de un comprensible deseo de orden y estabilidad, como de la habilidad del Estado para producir condiciones económicas y sociales genuinamente prósperas, igualitarias e inclusivas. Pero está claro que para que esto suceda será necesario un tipo diferente de Estado, que es lo que aspiró a crear anteriormente la lucha armada.

Observando retrospectivamente, parece que la lucha armada estaba destinada a ser derrotada desde el comienzo: esa premisa se encuentra detrás de la sentencia de Sarlo de que la misma idea de la lucha armada era un error catastrófico. Pero en ese entonces no se veía así. De hecho, fue la lucha armada y la aparente lógica histórica a la que estaba ligada —la propagación del socialismo y las guerras de liberación nacional a escala mundial— la que parecía “irreversible” (para usar el lenguaje de la época). No hay duda que muchos proyectos particulares de lucha armada estaban mal concebidos y condenados —en mi opinión la experiencia argentina, a la que se refiere Sarlo, se encuentra entre ellos—. Pero eso no justifica la afirmación de que estaban todos mal concebidos y condenados al fracaso, o que la victoria era imposible desde un principio: de hecho, la victoria se logró en al menos dos países, Cuba y Nicaragua, y las experiencias de lucha armada estuvieron cerca de tomar el poder en varios otros países. Tal vez no en Argentina (aunque esto también es materia de discusión), pero el movimiento revolucionario pudo posiblemente haber triunfado, por ejemplo, en El Salvador. Y si así hubiera sido, las cosas hubieran sido muy diferentes en Centroamérica y México, y por lo tanto en el continente en general, incluyendo la Argentina, y quizás en el mundo. Si bien las dinámicas de la lucha armada eran (y son) generalmente locales y específicas, sus eventuales derrotas estuvieron profundamente conectadas al declive global de la fuerza del bloque socialista, con la Unión Soviética entrando en los setenta en un período de profundo estancamiento económico (que también alcanzó a Cuba luego del fracaso de la cosecha de azúcar de 1969), y con China luchando con los efectos de la Revolución Cultural y moviéndose hacia la distensión de sus

relaciones con los Estados Unidos desde 1972. Es también pertinente discutir aquí la posibilidad de que, incluso si la lucha armada hubiera tenido éxito en otros países de América Latina, habría producido en el mejor de los casos algo como lo que sucedió en Cuba, Vietnam, o algunos países “liberados” de África en los sesenta, con todos sus tan conocidos problemas actuales. Tal vez, dirá el *guerrillero arrepentido*, es mejor que *no hayamos ganado*.

Ese sentido melancólico de una “inevitabilidad” histórica, finalmente confirmada por el colapso de la Unión Soviética, concede algo que no debería: que la lucha armada en América Latina dependió del destino del comunismo soviético. Es, por lo tanto, una forma de historicismo, más que una valoración objetiva de una necesidad histórica. Quizás sería más correcto decir lo opuesto: que el destino de la Unión Soviética dependió de la posibilidad de que América Latina fuera socialista. Porque una de las razones que hicieron más original y atractiva a la lucha armada en América Latina fue precisamente que presagiaba una *nueva* forma de socialismo que se hubiera diferenciado, por un lado, de los modelos soviético y chino —ya percibidos en ese entonces como profundamente problemáticos (Guevara habló irónicamente del “comunismo de goulash”)— y, por otro, de la socialdemocracia de Europa Occidental. En la revolución cubana en sus días de gloria de antes de que dependiese extremadamente de la URSS, o en la estrategia parlamentaria de Allende con su “vía chilena al socialismo”, o en las “zonas liberadas” de tal o cual región rural, o en la experiencia sandinista en Nicaragua, con todas sus ambigüedades y contradicciones, lo que se estaba gestando eran formas particularmente latinoamericanas de socialismo, de la misma manera, digamos, que el comunismo chino o la socialdemocracia europea eran específicas de sus respectivas sociedades. Si esas nuevas formas de socialismo hubieran prosperado y comenzado a sostenerse e influenciarse mutuamente, podrían haber también servido como inspiración y base de apoyo material para otros procesos de liberación (y aquí uno debe recordar, por ejemplo, el rol crucial de Cuba apoyando a los vietnamitas y a la lucha finalmente exitosa contra el régimen del apartheid en Sudáfrica). Y no solo en el Tercer Mundo o en los países periféricos: podría mencionar por mi experiencia personal la influencia tremenda que tuvo la izquierda revolucionaria latinoamericana en la Nueva Izquierda en los Estados Unidos.

No hay duda de que la Unión Soviética, China y los socialdemócratas europeos se esforzaron por contener a los movimientos latinoamericanos —tanto la lucha armada como otras estrategias como la de Allende— dentro de sus respectivas fórmulas, pero los movimientos permanentemente rompían con esas fórmulas con

gran originalidad y audacia tanto teórica como práctica. ¿Habría sido inevitable el colapso internacional del socialismo si uno tras otro los países de América Latina hubieran seguido el camino de Cuba en los sesenta? ¿O si los guatemaltecos y salvadoreños hubieran podido seguir a los sandinistas a comienzos de los ochentas? ¿Y si Allende hubiera podido realizar su promesa de una democrática "Vía Chilena al Socialismo"? ¿Habría Cuba caído en la rigidez autoritaria y el estancamiento económico si otros países latinoamericanos hubieran tenido lazos fraternales con ella?

Yo quiero detenerme aquí en particular en la cuestión de la democracia, que ha sido sin duda uno de los puntos débiles del ejemplo cubano. Era parte de la estrategia de contrainsurgencia de la Guerra Fría (como hoy en Irak) plantear como opuestos la democracia formal y la insurrección armada. Pero de hecho, muchas, quizás la mayoría de las experiencias de lucha armada en América Latina surgieron precisamente contra dictaduras militares (ejemplo Cuba, Guatemala, Nicaragua, Brasil, Argentina) o en situaciones de profunda crisis y/o corrupción de las instituciones, como está sucediendo en México hoy, donde las alternativas electorales legales han sido cerradas. Al mismo tiempo, es claro que, con la excepción de la Unidad Popular chilena, la izquierda revolucionaria latinoamericana, basada como estaba en la noción de una pequeña vanguardia o élite, no le dio la suficiente reflexión o crédito a la cuestión de la democracia de masas y la hegemonía política expresada en términos electorales o culturales. De todos modos, voy a señalar que, de conjunto, la experiencia de la lucha armada en América Latina iba en la dirección de la democracia y trajo a la política un nuevo espíritu de esperanza en el cambio que se había perdido desde los años treinta. Además planteó la posibilidad de superar las usualmente restrictivas y muy manipuladas formas de la política electoral y el sindicalismo con nuevas formas de democracia y de participación política, más abarcativas y representativas.

Parte de la originalidad y promesa de la lucha armada en América Latina estaba encarnada en su superestructura cultural. Por ejemplo, si bien no quiero subestimar lo que ocurre actualmente en el cine latinoamericano, y entiendo que cada nueva generación tiene que encontrar su propio modo de expresión, no veo nada que le haga frente ni compita en alcance o ambición con las grandes películas cubanas de fines de los sesenta y los setenta; o el Cinema Novo brasileño, particularmente el trabajo de Glauber Rocha; o la exhaustiva reconstrucción documental del ascenso y la caída del gobierno de la Unidad Popular de Allende, *La Batalla de Chile*; o la obra maestra argentina *La hora de los hornos*, uno de

films más audaces y originales producidos en el mundo en los sesenta y comienzos de los setenta, ahora casi olvidado. Todas estas películas y muchas, muchas más están profundamente relacionadas con el impulso de la lucha armada. De la misma manera, los novelistas del *boom* latinoamericano, como García Márquez o Julio Cortázar, señalaron la coincidencia de sus técnicas narrativas modernistas con la función de la vanguardia del foco guerrillero.⁵ Y estaban también el influyente *teatro de creación colectiva* colombiano; una veta de poesía militante que incluía desde figuras consagradas, como Ernesto Cardenal, a canciones populares politizadas como las de la *nueva trova* cubana, a la anónima poesía de taller escrita por campesinos y trabajadores en sus propios lugares de trabajo; un arte pop politizado y dinámico; y la narrativa testimonial —el testimonio—, cuya emergencia y autoridad como relato estaba fuertemente conectada a la lucha armada. No se trató solamente de que muchos músicos, artistas y escritores se convirtieron en compañeros de ruta de los movimientos revolucionarios, como fue el caso en los treinta de figuras como Pablo Neruda y Diego Rivera. Los movimientos guerrilleros y sus extensas redes de apoyo proveyeron un contexto en el cual, como sucedió con la Resistencia francesa durante la segunda guerra mundial, intelectuales, artistas, músicos y profesionales de clase media, a menudo se encontraron trabajando junto a los trabajadores y campesinos de los sectores populares (no siempre sin problemas, pero esa es otra historia). Menciono en este sentido y sólo como indicación de un fenómeno mucho mayor, la figura de Roque Dalton en El Salvador, el mejor escritor moderno de ese país, quien se convirtió en un cuadro guerrillero y fue asesinado en una oscura lucha intestina entre facciones de su propia organización⁶.

Como las expresiones culturales relacionadas a ella, la lucha armada continuó rigiéndose por lo que hoy llamaríamos, luego de la teoría postcolonial, un modelo criollo-mestizo de identidad cultural latinoamericana. La articulación teórica con más consecuencia desde el punto de vista político de este modelo fue quizá la idea de “transculturación narrativa”, formulada por el crítico literario y activista uruguayo Ángel Rama. Según Rama, la función de los artistas, escritores y trabajadores de la cultura era, en analogía con la función catalizadora de la vanguardia política, unir los elementos heterogéneos de la realidad nacional, y moldear una identidad

⁵ La relación entre militancia política y literatura moderna en América Latina es el tema del libro de Jean Franco (2002).

⁶ Una de las grandes antologías de la poesía latinoamericana es la colección de poemas de escritores asesinados o desaparecidos en la lucha armada: Mario Benedetti (1977).

cultural inclusiva apropiada para el proceso de liberación nacional y regional. Esta concepción, también presente en el famoso ensayo de Roberto Fernández Retamar “Calibán”, aportó a la vez posibilidades de construir poder y limitaciones, como lo revelaría la a menudo problemática relación de las vanguardias revolucionarias con las poblaciones indígenas, o con las mujeres y los gays. Una expresión de esto es el pasaje acongojante –pero también, el momento orientalista– del diario del Che Guevara en Bolivia, donde registra como una suerte de presagio inconsciente de su propia muerte, la impenetrable y distante mirada de los campesinos de lengua aymara, por quienes se suponía que él estaba peleando.

Todos los movimientos de lucha armada se articularon como movimientos de liberación nacional. Debray escribió que la clave de la lucha armada latinoamericana era que tenía sus raíces en el nacionalismo radicalizado: “Fidel leyó a Martí antes de leer a Lenin” (Debray, 1965). Al mismo tiempo, había un profundo cuestionamiento sobre la pertinencia del sentido tradicional de nación para canalizar la insurgencia popular. El Estado, “una construcción burguesa” en la frase de Frantz Fanon, era visto en particular como una desproporción en relación con la heterogeneidad radical de los sectores populares. La tensión entre la afirmación y la crítica del Estado-nación –una crítica que en último término condujo a la teoría poscolonial– de hecho estaba ya presente en los debates al interior de la lucha armada misma entre la apuesta por estrategias nacionales, regionales y continentales. Algo similar ocurrió con la política de la identidad de los nuevos movimientos sociales. Como Margaret Randall (1994) ha planteado sobre las contradicciones entre los sandinistas y el movimiento de mujeres en Nicaragua con frecuencia fue solamente *dentro* del contexto de los movimientos revolucionarios que los asuntos referidos a la liberación étnica o femenina pudieron empezar a ocupar el primer lugar entre las demandas.⁷ Aún más, muchas veces, la práctica política a menudo proveyó pautas para la teoría y no al contrario. Mujeres, gays, intereses regionales, La gran cantidad de población subocupada y técnicamente “lumpen” de los suburbios urbanos, y los grupos indígenas o afrolatinos empezaron a adquirir nuevas identidades y formas de acción en el contexto de su participación en los movimientos guerrilleros o sus redes de apoyo. En Guatemala, por ejemplo, las premisas teóricas de un marxismo ortodoxo, que consideraba que la solución al problema de la llamada “cuestión indígena” era la industrialización y la proletarianización, fueron desafiadas por la lucha armada en tanto los grupos indígenas se vieron envueltos en ella. Guevara tal vez haya sido demasiado idealista, pero no

⁷ Margaret Randall (1996).

estaba del todo equivocado cuando veía las relaciones humanas creadas entre los miembros de un grupo guerrillero como el modelo de una identidad latinoamericana más libre, plural, multicultural e igualitaria. El problema, que Guevara mismo nunca pudo resolver, era cómo llevar aquel modelo a la población en su conjunto (la idea estratégica básica de Guevara era que la guerrilla sería el “pequeño motor” que activaría el “gran motor” de la sociedad).

No quiero minimizar la persistencia de prejuicios coloniales residuales, de voluntarismo, de autoritarismo, de machismo sublimado, e incluso racismo al interior de la izquierda revolucionaria en lo sesenta y setenta —mi propia participación en el proyecto de los estudios subalternos fue en parte un intento por confrontar algunos de estos problemas dentro del movimiento revolucionario con el que más cercanamente me identifiqué y con el que trabajé, los Sandinistas—. Pero mejor que ver los movimientos sociales de las últimas dos décadas en Latinoamérica como algo claramente separado de la lucha armada, sería, en mi opinión, verlos como frutos de las mismas contradicciones, impulsos, y a veces, incluso, de los mismos marcos organizativos de la lucha armada que, bajo nuevas formas, vuelven a plantear el mismo tema: cómo confluir para tomar y empezar a transformar el Estado, y cómo empezar a transformar la sociedad desde el Estado.

En un famoso pasaje de una carta a sus padres, Guevara se comparaba a sí mismo con Don Quijote. Pero Don Quijote fue claramente tanto un héroe como un tonto. Repensar la lucha armada de una manera más comprensiva requiere incluir una crítica de las concepciones erróneas, la arrogancia, y la lisa y llana necesidad a menudo presentes tanto en la teoría como en la práctica. Aún así, con todos sus defectos y a veces letales ilusiones, la lucha armada reveló a América Latina en sus más generosas, creativas y valientes formas. Como los sesenta en los Estados Unidos, con los que estaba fuertemente vinculada, la promesa de la lucha armada apuntó a la posibilidad de un futuro más igualitario y alegre. No falló debido a sus contradicciones internas —si bien las hubo en cantidad— ni estaba condenada a fracasar desde un comienzo; fue *derrotada* por lo que resultó ser finalmente un enemigo más fuerte y despiadado.

El costo humano de la derrota fue alto. El número de personas asesinadas en el curso de la lucha armada latinoamericana, mayoritariamente por la violencia contrarrevolucionaria, debe contarse no en decenas sino en cientos de miles. A partir de una aproximación general, que yo considero conservadora, puede estimarse que entre cuatrocientos cincuenta y quinientas mil personas fueron asesinadas en América Latina entre 1959 y 1990 en el esfuerzo por contener el avance revolucionario

en el continente. Es un nivel de genocidio político que se aproxima a lo que sucedió en Indonesia luego del golpe derechista que instaló a la dictadura de Suharto con el apoyo de la CIA a mediados de los sesenta. Alrededor de doscientas mil de estas muertes están representadas solo por Guatemala, donde la lucha entre las guerrillas y el ejército fue particularmente intensa, pero hubo también niveles altos de asesinados, en varias decenas de miles, en El Salvador, Nicaragua, Argentina, Colombia y Perú. Y en varios miles en Chile, Brasil, Venezuela, Bolivia, Santo Domingo, México y Uruguay. A esto deben agregarse los millones de presos, torturados, expulsados de su trabajo, desplazados de sus pueblos y tierras y forzados al exilio. Este tremendo nivel de represión puede servir para fortalecer el argumento de aquellos como que, como Sarlo y Stoll, ven en la lucha armada una peligrosa locura cuyo precio fue pagado por el pueblo común. Pero también puede sugerir que había un alto nivel de apoyo real o potencial a la lucha armada, que retrocedió solo por la represión, que en algunos casos alcanzó una proporción cercana al genocidio.

Más allá de la posición que uno tome sobre la sabiduría o locura de la lucha armada, está claro que es necesario recuperarla y representarla como una etapa profundamente agónica, pero también históricamente trascendental, de la historia latinoamericana contemporánea. Desde mi punto de vista (y escribo desde la posición de alguien que, como Sarlo, también se identificó con la lucha armada), debería verse como una iniciativa defectuosa y a menudo trágica, pero también como heroica y generosa, que tuvo en su seno mucho de lo que América Latina todavía desea y aspira a concretar. No pienso que la tarea de recuperar la lucha armada sea fácil—como tratar de recordar un sueño, se aleja a medida que te acercas a él—. Mi generación—la generación de los sesenta— es probablemente la última que puede tomar esta tarea en términos de memorias o recuerdos personales, pero como he escrito aquí, está usualmente más inclinada a ver lo que hicimos mal que lo que hicimos bien. Esto es lo que yo llamo el paradigma de la desilusión en la representación de la lucha armada. Pero en un sentido nuestra desilusión no ha sido lo suficientemente completa: no ha superado la melancolía de la derrota. Como resultado, queda una culpa residual que deviene en aceptación de, o identificación con, los poderes existentes—algo parecido a una versión latinoamericana del giro neoconservador de la cultura de Estados Unidos post-sesentas (2008, 65-87).⁸ En ese sentido, no nos ha preparado para aceptar que la posibilidad de cambio social radical está abierta nuevamente en las Américas, Norte y Sur.

⁸ He escrito sobre esto en “The Neoconservative Turn in Latin American Literary and Cultural Criticism”.

Bibliografía

- Althusser, L. (1967). *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI.
- _____ (1969). *Para leer el capital*. México: Siglo XXI.
- Benedetti, M. (1977). Poesía trunca. La Habana: Casa de las Américas
- Beverly, J. (2008-marzo). "The Neoconservative turn in Latin American Literary and Cultural Criticism". En *Journal of Latin American Cultural Studies*, 17, 1.
- Burgos, E. (1983) *Me llamo Rigoberta Menchu y así me nació la conciencia*. Guatemala: Universidad Omar Bongo, Libreville.
- Castañeda, J. (1994). *La utopía desarmada: América Latina después de la guerra fría*. Bogotá: TM Editores.
- Debray, R. (septiembre-octubre, 1965). "The Long March in Latin America: Guerrilla Movements; Theory and Practice". En *New Left Review*.
- _____ (1975). *Crítica de las armas*. México: Siglo XXI.
- Franco, J. (2002). *The Decline and Fall of the Lettered City: Latin America in the cold war*. Cambridge: Harvard University Press.
- García Márquez, G. (1967). *Cien años de soledad*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Hardt, M. y Negri, A. (2000). *Imperio*. Cambridge Massachussets: Harvard University Press.
- Randall, M. (1994). *Sandino's Daughters: Testimonies of Nicaraguan Women in Struggle*. New Brunswick: Rutgers University Press.
- Rodríguez, I. (1996). *Women, Guerrillas, and love: Understanding War in Central America*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Roncagliolo, S. (2007). *La cuarta espada: la historia de Abimael Guzman y Sendero Luminoso*. Barcelona: Debate.
- Sarlo, B. "Kirchner actúa como si fuera un soberano". En *La Nación*, 22 de junio de 2006.
- Stoll, D. (1999). *Rigoberta Menchú y la historia de todos los guatemaltecos pobres*, En <www.nodulo.org/bib/stoll/rmg.html>.
- Disponible en http://www.lanacion.com.ar/politica/nota.asp?nota_id=625386.
- Volpi, J. (2003). *El fin de la locura*. México: Seix Barral.